

EL PIANISTA

Está claro que al cine de Roman Polanski no se le puede añadir una etiqueta que lo encasille dentro de la cinematografía de un país determinado. Inglaterra, Francia, Polonia, Estados Unidos e incluso España, son países que han contribuido a que este polaco (de nacimiento y ciudadano del mundo de adopción) no disminuya ni un ápice su creatividad en el celuloide, sobre todo después de que el gobierno de los EEUU lo calificara persona *non grata* al ser acusado de violar a una menor en la casa del conocido actor Jack Nicholson. No sólo le denominan apátrida sino que también le atribuyen un cine impersonal, y es aquí donde uno se pregunta qué es lo *personal*... Quizás, en cuanto a la temática, es posible que para muchos la personalidad radique en dar vueltas al mismo tema con mejor o peor acierto, como lo hacen cineastas de la categoría de Cronenberg o el admirado Woody Allen. Para otros, es simplemente una cuestión de estilo como por ejemplo Kubrick y sus interminables travelling frontales o esos angulares que tanto se han apreciado en sus películas. Es evidente que en Polanski no tenemos ni lo uno ni lo otro. De lo único que le podemos acusar es de cierta irregularidad, pues tras películas tan brillantes como *Repulsión* (1965), *El baile de los vampiros* (1967) o *Chinatown* (1974), por poner tan sólo tres ejemplos, nos encontramos con obras tan desacertadas como *Piratas* (1986) o *La novena puerta* (1999).

Polanski es, ante todo, un cineasta atípico capaz de lo mejor y de lo peor con un estilo tan impredecible que justamente provoca admiración por su carácter sorpresivo. Además, el año 2002 ha sido para el polaco, cinematográficamente hablando, el mejor de los diez anteriores. Como muestra: *El pianista*, una magnífica película premiada en el último festival de Cannes. En ella, se narra la historia tensa y dramática del pianista polaco Wladyslaw Szpilman que ya había contado su vida en el extraordinario libro *El pianista de Varsovia*. La entrada de los alemanes en Polonia, el encierro de más de 500.000 judíos en el ghetto de Varsovia, la huida del músico de los campos de exterminio y la ayuda que recibe éste de un oficial nazi, configuran un relato apasionante que está contado sin ningún tipo de odio ni rencor, sólo se desencadenan los hechos tal y como los vivió su protagonista. Y es precisamente aquí donde Polanski demostró su acierto dejando las pasiones a un lado y mostrando la realidad, sin miedo, en su máxima crudeza.

Por poner un inconveniente... Ciertamente se echa en falta una secuencia que aclare, aún más, el estado de irracionalidad que se padeció en esos años. Así, por ejemplo, el libro cuenta como el pianista, con un grupo de amigos, corre a su casa tras el toque de queda. Entonces, detectados por una patrulla alemana, son preparados para ser fusilados. En medio del horror de ese momento, el oficial nazi al mando decide dejarles marchar porque al igual que Szpilman es músico. Mientras los muchachos corren aterrados, pueden escuchar como el resto de la patrulla le hecha en cara a su mando el hecho de que les haya dejado ir cuando los judíos son los causantes de la desgracia de Alemania y de la expoliación económica de sus camaradas (precisamente lo que ellos estaban haciendo con el pueblo judío)

Por lo demás, *El pianista* es un filme redondo que cuenta como ningún otro cómo se vivía en el ghetto de Varsovia.

Como curiosidad, el siguiente apunte: el actor protagonista Adrien Brody no es ni siquiera de origen judío pero, eso sí, sus rasgos físicos hacen que cualquier espectador lo considere como tal, y además ha demostrado una sobriedad y madurez, en su interpretación, digna de cualquier halago. Basta recordar los instantes de soledad que su personaje sufre al ser protegido por los miembros de la resistencia que sólo pueden ayudarlo abandonándolo en un piso franco para que no sea detectado por los alemanes. Éstos son mostrados con simplicidad por el actor con la ayuda de la cámara del realizador y configuran magistralmente una ausencia del tiempo.

Roman Polanski vivió la pérdida de su madre en los campos de exterminio, es de origen judío y también ha sufrido en sus carnes el horror de ver como su esposa, la actriz Sharon Tate, embarazada de su hijo, moría asesinada en su mansión de Los Angeles por el psicópata Charles Manson (que aún cumple su cadena perpetua en una prisión federal de los Estados Unidos) Es muy posible que, tras todos estos acontecimientos, Polanski tuviera una deuda con el propio cine para abordar una historia desesperanzadora de la que él ha sido testigo y, sin duda, tuvo el acierto de contarla desde el punto de vista del espectador.

Fernando Iturrate y Leticia González